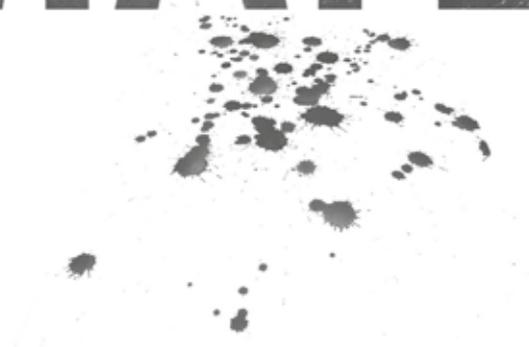


ANA MUELA PAREJA

**ALMA
MATER**



I PREMIO DE NOVELA



POLICÍA NACIONAL

algaida



La novela *Alma mater*, de Ana Muela Pareja, resultó ganadora del I Premio de Novela Policía Nacional. El jurado tuvo como presidente al comisario Mario Hernández Lores y estuvo compuesto por Espido Freire, Lorenzo Silva, Antonio Soler, el comisario Luis Esteban Lezáun y el inspector jefe Carlos Sánchez Pérez, actuando como secretario Miguel Ángel Rodríguez Matellanes.



Primera edición: 2018

© Ana Muela Pareja, 2018
© Algaida Editores, 2018
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9189-041-6
Depósito legal: SE. 1.650-2018
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO I	11
CAPÍTULO II	29
CAPÍTULO III	45
CAPÍTULO IV	63
CAPÍTULO V	81
CAPÍTULO VI	95
CAPÍTULO VII	111
CAPÍTULO VIII	129
CAPÍTULO IX	143
CAPÍTULO X	157
CAPÍTULO XI	173
CAPÍTULO XII	187
CAPÍTULO XIII	199
CAPÍTULO XIV	217
CAPÍTULO XV	233
CAPÍTULO XVI	247
CAPÍTULO XVII	263
CAPÍTULO XVIII	277
CAPÍTULO XIX	293

CAPÍTULO XX	309
CAPÍTULO XXI	323
CAPÍTULO XXII	339
CAPÍTULO XXIII	351
CAPÍTULO XXIV	365

*Para Ana y Carlos, que me apoyan,
me animan y, además, me quieren.
Sin ellos nada tendría sentido.*

Todos los personajes y situaciones de este libro son ficticios,
y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas
son pura coincidencia.

I

EL INSPECTOR DEL CUERPO NACIONAL DE POLICÍA Federico Gajanejos no creía en los milagros; sin embargo, esa mañana de lunes parecía haber ocurrido uno en Madrid. Después de más de quince días seguidos de lluvia, el cielo había amanecido limpio y azul, el aire estaba transparente y fresco, y él se había despertado con el trino de los pájaros. Se asomó desnudo al balcón para sentir sobre su piel la caricia de los primeros rayos de sol. Se encontraba radiante y en equilibrio con el mundo. Casi feliz. Comprendió que algo fuera de lo normal había sucedido cuando vio un coche patrulla estacionar frente a su portal. Saludó desde el balcón a la subinspectora García y a otros dos agentes que le miraban con estupor desde la calle. Lamentó haber retirado los geranios el invierno anterior, aunque no estaba dispuesto a que el pudor le fastidiara la satisfacción que le producía la llegada de sus compañeros: solo un caso de especial relevancia justificaba que fueran a recogerlo a su casa al amanecer.

Se vistió con celeridad. Tenía la costumbre de dejar preparada la ropa del día siguiente sobre la silla de su dormitorio. Cuando era niño, su madre le colocaba el uniforme del colegio con las prendas dispuestas para que él se las pusiera en orden y no perdiese tiempo buscándolas en el armario o escogiendo los calcetines. Más tarde Amparo había hecho lo mismo con el uniforme de policía. Ahora que estaba solo y otra vez en casa de su madre, era él mismo el que se preparaba la ropa todas las noches antes de acostarse. A veces cuando elegía la camisa para el día siguiente echaba de menos llevar uniforme. Se daba cuenta de que cada vez le gustaban menos los cambios. «Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie», solía decir Paloma, su novia, cuando intentaba convencerlo de que reformara la casa y se deshiciera de los muebles y objetos de sus padres. Gajanejos no le hacía mucho caso; desde que Paloma leyó *El gatopardo* soltaba la frase a la menor oportunidad.

Los agentes uniformados que le esperaban en los coches evitaron mirarle a los ojos. Gajanejos notó que alguno apretaba los labios conteniendo a duras penas una sonrisa. La subinspectora García, por el contrario, le observó de arriba abajo con naturalidad. Estaba convencido de que en el fondo estaba enamorada de él, aunque ella no fuera demasiado consciente y se entretuviera, por el momento, con una relación sentimental abocada al fracaso. Cuando se diera cuenta, él sería comprensivo e indulgente y la animaría a rehacer su vida con otro hombre que la mereciera, lo cual excluía de manera tajante a su actual pareja, el agente Carrascal.

—Varón de mediana edad, con signos evidentes de violencia —dijo García.

Todos los que trabajaban con el inspector Gajanejos sabían que no le gustaba que le adelantaran información sobre el escenario del crimen; prefería enfrentarse a él con la mente lo más abierta posible, sin ninguna idea preconcebida. Opinaba que era la manera de que no se le pasaran por alto los pequeños detalles que a la postre podrían ser la clave de la resolución del caso. Pero en esta ocasión la subinspectora estaba siendo demasiado telegráfica.

—¿Lugar? —preguntó Gajanejos. No quería desanimarla a que siguiera siendo concisa, pero necesitaba más datos.

—Un despacho.

—¿En Marte? —intentó ser irónico.

—No, inspector, en el planeta Tierra.

—¿Se puede saber qué le pasa, García?

—Nada, inspector. Pensé que le gustaba la información desnuda.

Los dos agentes y la subinspectora prorrumpieron en carcajadas. Gajanejos suspiró. Después de todo, a la subinspectora García se le estaba contagiando la estulticia del agente Carrascal, pensó. Como solía decir su madre, en esta vida todo se pega, menos la hermosura.

Llegaron al campus de la Universidad Complutense en menos de diez minutos. El tráfico era tan escaso a esas horas de la mañana que no tuvieron necesidad de poner la sirena. García, finalmente, le había informado de que el cadáver se encontraba en un despacho de la Facultad de

Filología Clásica, en el que era conocido como edificio A. Cuando aparcaron, el inspector sintió una punzada de melancolía al contemplar al otro lado de la plaza la Facultad de Derecho, donde, treinta años atrás, él había cursado sus estudios universitarios. En ocasiones no podía evitar pensar que, de alguna manera, había desaprovechado la vida. Sus compañeros de promoción eran ahora notarios, abogados del estado, registradores de la propiedad, o se habían hecho ricos trabajando en alguna empresa dedicada a la importación y exportación de no se sabía muy bien qué, por no hablar de los diputados en el Congreso por uno u otro partido. Él, sin embargo, era un policía con un sueldo que no era como para tirar cohetes, seguía viviendo en casa de su madre, la cual, para más inri, se encontraba ingresada en una residencia de ancianos con las facultades mentales muy deterioradas, estaba divorciado y tenía una hija adolescente a la que apenas veía. Ni siquiera había hecho una carrera especialmente boyante en la Policía; a sus cincuenta años seguía siendo inspector de la escala ejecutiva y las posibilidades de saltar a la escala superior las veía cada vez más lejanas. Tenía que reconocer que tampoco le apetecía demasiado el puesto de comisario. La única comisaría que le hubiera gustado ocupar era la de Chamberí y acababa de ser cubierta por una comisaria unos meses más joven que él. Si se paraba a pensarlo con detenimiento, nunca había querido otra cosa que lo que ahora tenía; su padre había sido policía nacional, y él siempre quiso emularle. Tenía lo que deseaba, pero, aun así, no podía evitar sentir cierta sensación de fracaso cuando se juntaba con sus compañeros de la facultad; seguro que ellos ese

lunes estarían entrando en despachos amueblados con mesas de caoba y sillones de cuero, y no en uno en el que se acababa de cometer un asesinato.

—El cuerpo lo encontró hace veinte minutos una limpiadora. Los primeros agentes que llegaron cerraron el edificio.

García le había sacado de su ensimismamiento. Le gustaba ser el primero en entrar en el escenario del crimen. Había detalles sutiles, como el olor o un cierto halo del propio asesino, que desaparecían en cuanto entraba la cuadrilla habitual de investigadores, policías y agentes judiciales, y convertían el lugar en una aséptica cuadrícula de datos. Gajanejos pensaba que el asesino siempre dejaba algo de sí mismo junto a la víctima. En la puerta de la facultad, en efecto cerrada, le esperaban los agentes Cano y Robledo.

—El agente Pérez está dentro con la mujer que encontró el cadáver —informó Robledo.

Gonzalo Pérez Ruipérez se había incorporado a su equipo hacía poco más de un año. Gajanejos desde el primer día lo había bautizado como el agente Repérez, apodo que se había extendido como una mancha de aceite por toda la unidad; solo la subinspectora García le llamaba por su apellido.

—Esperemos que no haya tocado nada —bufó Gajanejos.

Gajanejos y García entraron en el amplio y luminoso vestíbulo de la facultad donde les esperaba el agente Pérez con la limpiadora, quien, para alivio de todos, permanecía bastante tranquila, dadas las circunstancias.

—Abrí el despacho del profesor Larreta a las siete menos cuarto, más o menos —declaró la mujer—. En cuanto lo vi, llamé al 112. Me dijeron que saliera de la habitación y que no tocara nada hasta que llegaran los policías, pero eso ya lo sabía yo: veo todos los días CSI.

Gajanejos aborrecía ese tipo de series tan populares en los últimos tiempos. Para él era una especie de castigo llegar a casa y encontrarse con asesinos y policías inverosímiles en todas las cadenas de televisión. Incluso prefería los programas de cocina, otra de las modernas torturas a las que los medios sometían al televidente.

—Muy bien hecho, señora —dijo García.

—¿Suele venir a trabajar tan temprano? —preguntó Gajanejos.

—Entro a las seis y salgo a las doce. Las demás compañeras no llegan hasta las ocho, pero yo prefiero entrar y salir antes; así puedo recoger al niño en el colegio.

Dejó a García tomando la declaración completa a la madrugadora señora de la limpieza, y se encaminó al tercer piso. Cuando llegó comprendió por qué la mujer lo llamaba continuamente «el piso verde»; cada piso del edificio estaba alicatado con baldosines de diferente color, azul el primero, gris el segundo y verde el tercero. Dos policías uniformados a los que no conocía le señalaron una huella parcial de sangre en el suelo, al comienzo de un ancho pasillo.

—Es la tercera puerta a la izquierda, donde está el carro de limpieza. Hay tanta sangre que no hemos entrado por contaminar el escenario.

Gajanejos avanzó despacio, mirando el suelo en todo momento para no pisar alguna huella, aunque no vio

ninguna más. El silencio era absoluto. Empujó la puerta entreabierta del despacho con un pie; no se había acordado de coger un par de guantes de látex. No importaba, pensó, quería sobre todo mirar y pensar. Y oler, supuso, porque un olor inconfundible, metálico y dulce, le había sorprendido como una bofetada: el olor de la sangre del hombre que estaba sentado frente a una vieja mesa de despacho atestada de papeles.

La habitación no era excesivamente grande; calculó que tendría unos doce metros cuadrados. Las dos paredes laterales estaban forradas hasta el techo de estanterías abarrotadas de libros y cuadernos. Algunos estaban dispuestos en posición vertical, otros en horizontal, e incluso algunas baldas estaban ocupadas por dos filas de libros. Todos tenían mucho polvo y parecían antiguos. En la pared de enfrente, orientada hacia el este, se abría una amplia ventana que dejaba entrar la rosada luz de la mañana. En el centro del despacho, una gran mesa abarcaba casi todo el espacio. Entre la mesa y la puerta había una silla vacía, presumiblemente para las visitas. Entre la mesa y la ventana, sobre un sillón de oficina con ruedas, se encontraba en posición sedente el cadáver de un varón. Al observarlo, Gajanejos comprendió porqué nadie había llamado al SAMUR, ni había intentado alguna maniobra de reanimación.

El cuerpo parecía cómodamente sentado en el sillón; los brazos languidecían sobre los reposabrazos y el torso, apoyado sobre el respaldo, no había perdido la verticalidad. Si no fuera por la herida del cuello y las manchas de sangre, se podría pensar que el hombre se había

quedado dormido trabajando. Gajanejos se acercó por el lado de la mesa donde había menos sangre. A contraluz no podía verle la cara con nitidez, aunque le pareció que tenía algo en la boca que le confería una expresión extraña. Cuando se situó a su lado y vio el cadáver con detenimiento se quedó paralizado. El profesor tenía los pantalones bajados hasta las rodillas y las piernas muy abiertas. Los genitales habían desaparecido. En su lugar había un colgajo sanguinolento. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando comprendió lo que había en la boca del cadáver.

—¿Dónde están tus guantes, Federico? —una voz conocida interrumpió su inspección ocular.

Gajanejos contuvo a duras penas la náusea que sentía; hubiera sido muy humillante que su amiga y jefa de la Policía Científica, Mari Carmen Pelegrín, le pillara dando arcadas.

—Esperaba que me los trajeras tú.

Pensó que si se hacía el gracioso su mente se alejaría de la visión de la entropiada del cadáver.

—Me parece que vamos a tener mucho trabajo —zanjó Pelegrín.

Gajanejos salió del despacho ante la llegada de los agentes de la Policía Científica. Vestían todos unos monos blancos que les daban un cierto aire de película de ciencia ficción. Desde luego, pensó el inspector, parecían marcianos en aquel despacho decimonónico. Comenzaron con sus tareas de clasificación, medición, fotografía y demás, lo que aprovechó para recorrer el pasillo, aliviado de abandonar el escenario del crimen. Quizá se estaba haciendo viejo y ya no aguantaba la visión de la muerte

como antes, o quizá, pensó, sencillamente estaba cansado de tanto horror.

—La mujer de la limpieza afirma que la puerta del despacho estaba cerrada con llave —informó García—. Dice que llegó a las seis de la mañana, hizo los baños y el pasillo y luego comenzó con los despachos. Calcula que serían las siete menos cuarto cuando abrió el del profesor Larreta. Es su rutina diaria. No oyó ni vio nada fuera de lo habitual.

—¿Ha fregado el pasillo?

—Sí, inspector —contestó García.

—Con lejía —apostilló el agente Pérez.

—¡Hay que joderse! —se lamentó Gajanejos.

—Seguro que ha borrado un montón de pruebas —siguió Pérez.

—Pues claro que habrá borrado pruebas, Repérez —gritó Gajanejos—. Parece usted tonto.

—No la tomes con el chico, Federico. —Pelegrín había aparecido detrás de él enfundada en un mono blanco—. Hay dos huellas parciales de pisada con sangre dentro del despacho. Mis chicos revisarán el pasillo con la lámpara y el luminol donde haga falta.

—¿Qué más tenemos? —preguntó el inspector más calmado.

—En lo que a ti respecta, parece que un buen culo. Por lo menos eso es lo que se comenta.

—¿Quién lo comenta?

—Todo el mundo, Federico.

La subinspectora García y el agente Pérez contuvieron a duras penas una sonrisa. Ambos se alejaron unos metros sin hacer ruido.

—Volvamos al caso, por favor. —Gajanejos intentaba, sin éxito, refrenar la ira que se iba apoderando de él.

—Como habrás comprobado en tu primera inspección ocular, en la que, por cierto, espero que no hayas contaminado nada, se trata de un varón de unos sesenta y cinco años de edad. Ha sido emasculado y degollado.

»Yo creo que en ese orden, pero tendrá que confirmarlo el forense. No hay signos de lucha, ni parece que se resistiera, tampoco estaba atado ni parece haberlo estado, por lo que deduzco que había sido drogado antes de su muerte, pero eso también tendrá que confirmarlo el forense. Mis chicos están tomando muestras y buscando huellas.

—¿Qué muestras están tomando?

—Pelos, hebras de tejido, restos de uñas, sangre, pisadas y ese tipo de cosas con las que nos entretenemos los de la Científica, y que son la clave de la resolución de los asesinatos y las pruebas que sirven para incriminar a los culpables.

—Indicios probatorios.

—¿Cómo dices?

—Digo, Mari Carmen, que lo que recoges son indicios probatorios. En puridad, que sean o no sean pruebas lo decide el juez.

Tenía que atajar las ínfulas científicas de su compañera antes de que concluyera que la Policía Científica era la única realmente válida y eficaz, y que ellos, en cambio, eran algo así como los hermanos tontos y bobos, aunque necesarios al fin y al cabo.

—¿En puridad? Menudo lenguaje te gastas. A ti te está afectando estar en la Facultad de Filología —se burló Pelegrín.

Gajanejos tuvo que concentrarse en sus largas y torneadas piernas para no contestar una grosería.

La directora del Departamento de Filología Latina, la doctora Felisa Mateu, era una mujer bajita, robusta y aquejada de una incontinencia verbal tan intensa que no era necesario formularle preguntas. En menos de cinco minutos relató al inspector Gajanejos la vida y milagros del profesor Larreta e incluso la de sus familiares más próximos. Emiliano Larreta, informó, era catedrático de Latín y tenía casi siete sexenios de experiencia docente. Gajanejos tuvo que multiplicar a toda prisa siete por seis para no perderse el resto de la información que la directora le suministraba como una máquina torpedera. En la actualidad, siguió la doctora Mateu, el profesor Larreta impartía dos asignaturas, Textos Latinos II y Textos Latinos IV, y en ese momento creía que no había nadie que pudiera sustituirle, pues la doctora Ayala, que daba Textos Latinos I y Textos Latinos III, estaba embarazada de siete meses y cogería pronto la baja de maternidad. Felisa Mateu se declaró consternada; todavía no había asimilado que en su departamento hubiera acontecido un hecho tan luctuoso. En esa facultad nunca se había cometido un asesinato. Aquello era un templo del saber, y aunque existían las rencillas normales entre compañeros de trabajo, no podía hablarse de violencia propiamente dicha. Emiliano

Larreta llevaba casado más de dos décadas. Ella no era exactamente amiga del profesor Larreta, pero hacía mucho que trabajaban en el mismo departamento y le tenía un cierto aprecio como persona y un enorme respeto como latinista. Era uno de los catedráticos más antiguos de la facultad. Todavía no podía creerse que su cadáver se encontrara a pocos metros de donde estaban ellos hablando. Tenía que disculparla, estaba muy nerviosa y eso a veces le hacía hablar en exceso. Por fortuna ella no había visto el cuerpo, así se libraba de una imagen que, de otro modo, la hubiera perseguido de por vida. En el edificio, informó, no había personal de seguridad, solo contaban con los conserjes que abrían y cerraban las puertas, y que compartían con la Facultad de Filosofía y con el Departamento de Griego. Por no haber, ya no había ni siquiera bedeles. Que ella supiera, el profesor Larreta solo tenía una hija, que en la actualidad estudiaba fuera de España, no sabía muy bien dónde, lo que el inspector agradeció mentalmente, porque de lo contrario la doctora Mateu le hubiera regalado una bonita y detallada descripción de la universidad extranjera en cuestión. Aunque, continuó, con este tipo de hombres nunca se sabía; era posible, aunque ella no dijese que probable, que tuviera hijos espurios. Un hijo espurio, aclaró Mateu, es un hijo ilegítimo o bastardo, aunque a ella, personalmente, no le agradaba este último término; estaba demasiado connotado. Gajanejos no se atrevió a interrumpirla para mandarla a la mierda, no fuera a ser que le explicarla la etimología de la palabra mierda. A Emiliano Larreta le gustaban mucho las mujeres. En exceso, diría ella. El inspector tuvo que encauzar el parloteo de la

doctora Mateu, que divagaba sobre la diferencia entre virilidad y hombría. Después de otros cinco minutos, a Gajanejos le quedó claro que el difunto profesor había intentado ligar con toda la sección femenina de la facultad. Mateu pensaba que había tenido un cierto éxito, pese a la evidente falta de atractivo del profesor. Decidió terminar el interrogatorio; la voz de la directora le estaba produciendo un leve pero insidioso dolor de cabeza.

—Repérez —ordenó—, recoja de doña Felisa Mateu un detallado informe de todas las personas que trabajan en esta planta, así como de las posibles conquistas del profesor Larreta. Quiero un informe completo. ¿Entendido, Repérez? Com-ple-to —silabeó Gajanejos.

—A sus órdenes, inspector.

Casi le dio pena el muchacho.

—Inspector, es usted un impúdico.

Tenía que haberlo previsto: en un día como aquel, solo le faltaba que la forense encargada del caso fuera la doctora María Lázaro.

—Yo también me alegro de verla, doctora.

—Comprenderá que no me crea lo que se comenta sobre sus atributos viriles.

—¿Cómo dice?

—No sea pacato, inspector. Se podrá imaginar que, por mi profesión, he visto de todo y, francamente, no da usted el tipo.

—Querrá usted examinar el cadáver, supongo —cortó Gajanejos. Por nada del mundo quería entablar una

conversación con la doctora Lázaro sobre lo que ella denominaba sus atributos viriles. En cualquier caso, los rumores parecían engrandecer su figura.

—En fin, todo es cuestión de perspectiva —siguió la doctora—. Aunque no se preocupe: hoy en día la cirugía hace maravillas. Si quiere, yo misma le puedo recomendar un par de buenos especialistas.

Según terminó de hablar, la doctora comenzó un alegre trotecillo en dirección al despacho del profesor Larreta acompañada por García, dejando con la boca abierta a un estupefacto inspector Gajanejos. A mitad del pasillo, las dos mujeres se pararon y se volvieron a mirarle. Le pareció que ambas suspiraban.

Los agentes de la Científica se fueron retirando cargados de maletas y bolsitas de plástico con las muestras que habían tomado en el escenario del crimen. Cuando entró en el despacho, Gajanejos pudo ver esparcidos por el suelo varios guantes de látex y algunas bolsas vacías. Los chicos de Mari Carmen Pelegrín serían muy eficientes, pensó, pero eran unos auténticos guarros.

—Puedes pasar, Federico —autorizó Pelegrín.

—Mientras vaya vestido —dijo la doctora Lázaro.

—Del latín *merda*, excremento —susurró Gajanejos.

Solo García pareció oírle. Las otras dos mujeres no le hicieron caso alguno.

—Hemos recogido muestras de sangre de las numerosas manchas que había en el despacho —informó Pelegrín—. Lo lógico es pensar que corresponden todas a sangre del fallecido, pero no podemos pasar nada por alto —se dirigía exclusivamente a la forense—. También he-

mos recogido varios pelos de color marrón, que no parecen corresponderse con los del muerto, quien, como verán, tiene el pelo cano.

—¿Dónde estaban los cabellos? —preguntó Gajanejos. En el informe aparecería detallada con exhaustividad la localización de cada pelo, pero le molestaba que Pelegrín no se dirigiera a él en ningún momento.

—Había varios sobre la ropa de la víctima. En la herida de los genitales, empapado en sangre, hemos encontrado un pelo fino de unos quince centímetros. También hemos recogido dos cabellos largos y rubios; uno de ellos estaba sobre la chaqueta del muerto y el otro sobre la mesa. En el suelo y en el respaldo de la silla de las visitas había otros cinco pelos de diferente tamaño y coloración.

—Más que un despacho de universidad, parece una peluquería —comentó Gajanejos.

Las tres mujeres le miraron sin abrir la boca.

—Por lo que he oído sobre el profesor, no es de extrañar la presencia femenina en su entorno —dijo García.

—Buen dato, subinspectora —comentó Pelegrín.

Seguro que si lo hubiera dicho él, pensó Gajanejos, le hubiera llamado machista.

—¿Algo más? —preguntó, molesto.

—Claro, Federico, hemos hecho un análisis muy riguroso de la escena del crimen.

—No lo dudo, y sé que estará todo en el informe. Pero, por favor, ¿serías tan amable, por favor, de adelantarme algo? —Estaba en desventaja y tenía que ser amable, aunque en realidad sonó irónico.

—Y sin por favor, también, Federico. Me resultan extrañas las huellas de las pisadas; son bastante irregulares.

Pelegrín dejó de hablar y le miró a los ojos. Estaba seguro de que lo hacía para que él le preguntara y así poder mostrar su superioridad científica.

—¿Qué quieres decir? —concedió.

—Están más impresas por la parte interior delantera que por el resto. Lo normal es que la huella fuera más o menos uniforme. —Volvió a callar mirando al inspector.

—¿Y eso qué te sugiere? —Si seguía con ese jueguito no iban a terminar nunca.

—Hay varias posibilidades: puede que el asesino sea cojo, o que haya gastado más las suelas por un lado, o que le estén grandes los zapatos, o que lo haya hecho a propósito para despistarnos; parece un crimen bastante organizado.

Eso ya lo había pensado él. Desde luego, no se trataba de un asesinato improvisado. El crimen se había cometido en un lugar público muy frecuentado sin que nadie hubiera visto ni oído nada. Además, el asesino se había tomado su tiempo torturando a la víctima. El escenario estaba ordenado, sin evidencias de lucha y no habían encontrado el arma del crimen.

—Tenemos dos huellas dentro del despacho, las del pasillo parcialmente borradas por la limpiadora, y una última cerca de las escaleras, que habrás visto al entrar. Ahí desaparecen por completo. Es como si el asesino hubiera empezado a volar.

—O se hubiera cambiado de zapatos.

—Es posible —concedió Pelegrín—. En lo que respecta a las manchas de sangre, haremos la analítica forense clásica, es decir, grupo sanguíneo y ADN. En cuanto a su forma y origen, está bastante claro: el charco que hay debajo de la silla corresponde a la herida de la zona genital; no debe de haber afectado la femoral, porque tiene aspecto de haber caído babeando desde la herida. El resto de la sangre, es decir, la que hay en el suelo del lado izquierdo de la mesa, la que salpica la estantería y la que está sobre los papeles del escritorio, debió de salir a chorros de la arteria carótida.

—¿Sabemos cuándo murió? —preguntó Gajanejos a la doctora Lázaro.

—Debe de llevar unas cuarenta y ocho horas muerto, pero no le daré más datos hasta que lo tenga encima de la mesa.

—¿Y la causa de la muerte? —se atrevió a preguntar.

—¿Qué le acabo de decir, inspector?

—No me dirá que no tiene alguna idea.

A esas alturas al inspector Gajanejos ya no le incomodaban las salidas de tono de la doctora Lázaro; llevaba demasiados años y demasiados casos coincidiendo con ella como para prever sus respuestas.

—Parece evidente que este hombre se ha desangrado hasta la muerte a través del corte profundo que presenta en el lado izquierdo del cuello. Y que conste que le respondo porque me da usted pena. Por su problemilla, ya sabe... Cuando le haga la autopsia, le haré saber mis conclusiones.

—Las esperaré impaciente, doctora. Una última pregunta, ¿sabe con qué instrumento le pudieron cortar los genitales y hacer la herida del cuello?

—Con uno cortante, evidentemente.

—No hemos encontrado nada que pudiera causar tales heridas —terció Pelegrín.

—Perdón, ¿se puede pasar?

Un chico de unos veintitantos años, con el pelo hasta los hombros y barba de un par de días, vestido con un pulcro traje de chaqueta azul marino y con cara de susto, había llamado con los nudillos a la puerta abierta.

—¿Y usted qué coño quiere? —gruñó Gajanejos.

—Soy el juez Moreno, encargado del caso.

Gajanejos se disculpó lo mejor que pudo. Pelegrín y Lázaro parecían encantadas con el juez melencólico; se quitaban la palabra mutuamente para explicar los detalles del caso a su joven señorita.

—¿Qué tiene en la boca? —preguntó con un hijo de voz.

—Sus genitales —contestaron ambas a coro.

El juez Moreno empezó a ponerse tan blanco como los folios que se amontonaban en la mesa del profesor Larreta. Gajanejos consiguió sujetarle antes de que perdiera el sentido y cayera al suelo. La doctora Lázaro tuvo que reanimarlo para que pudiera ordenar el levantamiento del cadáver.